

La diosa tiene en la mano izquierda el cuerno de la abundancia, y en la otra una antorcha con la que quema los atributos de la guerra. Con la cabeza erguida y el rostro sereno, mira á lo lejos con confianza. En ésta hermosa divinidad se reasuman la paz, la riqueza, la clemencia y la generosidad, es decir, todo lo que es bello y sereno. Si ella no hay sociedad posible entre los hombres. Cada ser humano estroviado por la fiebre del miedo, toma por una voz la brisa, y cada nube por un fantasma, y la inquietud que comenzó en la locura, acaba en la ferocidad: viendo en cada movimiento un peligro, y en cada rumor una amenaza, quiere que la vida se detenga en la mitad de su carrera. Todo el mundo sabe esa terrible fábula del parricidio errando en el desierto, que tiraba piedras á todos los niños que encontraba, porque oía á los pajarillos que *clamaban el nombre de su padre*. Quien de nosotros en sus horas de angustias ha no creído también oír los murmullos de su alma? Aumentado por continuos dolores, caminando de cuidado en cuidado, y siempre enredado entre los lazos de un penoso accecho, se desea concluir la vida á toda costa, se agría el corazón, se maldecen las esperanzas, y se hace como Herodes que mandó degollar á los recién nacidos para libertarse del único que le quitaba el sueño.

¡Ah! Si conociesen los hombres las alegrías y virtudes que les llevan esos tumultos que les agitan! Si quisiesen calcular los desengaños que la ambición trae consigo y si cansados de una turbulencia que confunden con la acción, se reuniesen todos para elevar sobre las ruinas del pasado ese gran símbolo del reposo fecundo, entonces astidos de las manos, repetirían en coro el himno antiguo de la Seguridad.

«O noble diosa! que la piedra, el hierro y el bronce fijen para siempre tu imagen entre nosotros, tu imagen semejante al laurel sagrado que preserva del rayo y las centellas! que solo á tu aspecto se esparza el amor, como aterroriza la vista de Gorgona.

«Seguridad! Por ti se cubren los campos de mieses, por ti ensanchan las ciudades sus recintos y por ti surcan las olas los buques llevados por sus alas, lo mismo que las aves marinas. Las fiestas, las danzas y los festines forman tu graciosa comitiva.

«Tu llevas al templo á los jóvenes desposados, y tu preparas las cunas para los niños que deben nacer de su unión. Eres el astro consolador que hace florecer los arbustos de nuestros bosques.

«Seguridad, vuelve hacia nosotros tu dulce rostro; espárcete en derredor tuyo los tesoros de tu cuerno de abundancia: el jénero humano te tiende los brazos, porque anhela desposarse contigo. Preséntale tu mano izquierda, ó grande diosa! y que tu himeneo asegure la alianza de la tierra y del cielo!

«Las montañas resuenan con los mugidos de los toros; las trompas de Fresno de los cazadores acompañan los cánticos de los podadores; los niños arman sus lazos á los pájaros á la orilla de los bosques, y las jóvenes se estravian en los valles, sin otra defensa que su felicidad.

«O Seguridad! reina en adelante sobre la tierra de los hombres, para que nuestras mujeres y nuestras madres no vuelvan á despertarse asustadas con el sonido del clarín, y para que nuestros hijos, al dar sus primeros pasos en nuestras plazas públicas, no se deslicen en la sangre de los ciudadanos dagollados!

LOS JUEGOS.

Nihil novum sub sole. No hay nada de nuevo debajo del sol. En todos los países, en todos los climas, en el Norte como en el Mediodía, entre los negros como entre los blancos, en la choza del salvaje y en el palacio del cortesano, siempre y en todas partes, ha existido el juego con sus atractivos, sus violencias y sus excesos. Los dioses del paganismo destituidos en el día, habían convertido el Olimpo en un célebre garito. Mercurio primer súbdito entre la divina muchedumbre, inventó un juego, según nos refiere Platon; los parientes y cólegas de Mercurio estaban demasiado bien criados para no adoptar una invención debida á un individuo de su familia: jugaban para rendir homenaje á los dios del juego, como se embriagaban por honrar á los dios del vino. Plutarco, que como Platon estaba enterado de cuanto pasaba en el Olimpo, refiere en su tratado de Isis y de Osiris una anécdota algun tanto fabulosa. Pero Plutarco es un personaje grave, que no quería engañarnos: creamos, pues, á Plutarco como hemos creído á Platon.

Rhea amaba á Saturno, y era correspondida de él. El caballero Sol descubrió aquella reciprocidad de sentimiento y no la aprobó: los dioses de aquel tiempo eran susceptibles como los simples mortales en punto á sus esposas y queridas. Por acá abajo, los esposos ofendidos se vengan con la espada ó el código en la mano: en su calidad de dios, el Sol tomó una venganza correspondiente á su clase: condenó á Rhea á no parir jamás. Hé aquí la culpable Rhea condenada á una preñez eterna: ¡pobre diosa!... El amor ha causado el mal, y el amor le reparó: entre un robo y una partida de whist, Mercurio se compadeció de Rhea y de la piedad pasó bien pronto á un sentimiento mas tierno; pero era el día muy púgmo comparado con el padre Sol, y no podía descantar á Rhea, sino á fuerza de astucia y de destreza, y propuso á la Luna una parte de su proyecto reducido á una partida de cientos: Mercurio, aunque no lo dicen Platon ni Plutarco, era muy diestro en aquel juego. Aceptó la Luna, y entre dioses no era posible que jugasen billetes de banco. Mercurio apostó su caduceo contra cada septuagésima parte del tiempo que su adversaria iluminase el horizonte. La Luna perdió como no podía ménos, porque Mercurio es el dios de los ladrones. Reunió las partidas ganadas á la Luna, y formó con ellas cinco días nuevos, y los ofreció muy gozoso á Rhea, que se aprovechó de ellos para parir. De este modo, el año que hasta entonces se había contentado con trescientos sesenta días tuvo trescientos sesenta y cinco.

Los romanos que creían en Mercurio, jugaban como los gentones, pueblos de Bengala y del Indostán, que creían en otra cosa. En vano gritaba Catón: «¡Fuíd de los juegos de azar!» los hombres huían de los discursos de Catón, porque les parecía un censor muy fastidioso.

Los germanos, según Tácito, y los hunos, y según yo no sé quien, se jugaban á sí mismos: el que perdía quedaba esclavo del que ganaba. Empeñaban la libertad por un año, por dos, y á veces por toda la vida.

Ciertos negros mas inteligentes que los germanos y los hunos, jugaban sus mugeres y sus hijos, lo que no impedía que un antiguo gefe bien pintarrasado y con el cabello rizado, pronunciase un discurso patético, sobre el sepulcro de un horroroso negro, que había jugado y perdido diez mugeres y veinte hijos durante su vida, y que exclamase con el aplomo de un hombre civilizado: fué buen esposo y buen padre: así haya recibido su galardón.

Los indios juegan sus dedos y sus ojos. Sin aguardar el desquite, el que pierde se hiere por debajo de la pupila con un punzon hecho al efecto, y se salta el ojo con una destreza inaudita: jamas yerra el golpe: le coloca en un vaso, y continúa la partida. ¿Se quedará ciego, ó solamente tuerto? de eso se trata. Si la suerte lo favorece, su adversario con el mismo punzon se saca un ojo. En ese caso, los indios jamas juegan mas que tres partidas, porque es necesario que siempre quede un ojo, para servir de guía á los tres domicillados en sus respectivos vasos. Nosotros, jugadores raquíticos, como somos unos myrmidones, nunca hemos llegado, ni jamas estaremos á la altura de esos juegos de gigantes.

Sin embargo, los europeos han sido siempre jugadores, pero rara vez á la manera de los germanos y de los hunos, y mucho mas rara vez todavía á usanza de los indios. ¿Jugar á cortarse un dedo ó sacarse un ojo?... eso no. Unicamente es bueno para dedos y ojos de salvajes: los dedos y los ojos de los europeos son cosas muy preciosas para que los propietarios se deshagan de ellas tan fácilmente. En Nápoles y en algunas partes de Italia, los banqueros juegan su libertad: los germanos jamas han tenido otros imitadores en Europa.

La invención de los naipes remonta al tiempo de Carlos VI de Francia: en el Castillo de Nesle se hacía un gran consumo de ellos. Al principio, por falta de costumbre sin duda, se tomaban con seriedad las pérdidas: las catástrofes del palacio de Nesle son célebres en la historia de aquel tiempo. (No deben confundirse con las de la torre de Nesle, que ha trazado Alejandro Dumas.) Las cartas se imaginaron para distraer los lucidos intervalos que la demencia dejaba al rey: el inventor, según todo nos induce á creerlo, fué un francés: las coronas y centros con flores de lis que tienen los reyes, revelan una mano francesa. El rey de espadas es David, el de oros César, el de bastos Alejandro, y el de copas Carlo-Magno. Un extranjero, habría ido á buscar un monarca francés, para hacerle figurar entre los mayores nombres de la antigüedad?

El padre Daniel ha creído que la sota de oros, era Hector de Galaré, capitán de la gran guardia de Luis XI. Hector es aquí el hijo de Priamo, de que se hacia descender á los monarcas franceses, por su hijo Astianacte, en los siglos XI, XII, XIII, XIV, XV, y XVI. Por célebre que fuese en su tiempo el Hector de Galaré de que el padre Daniel quiere hacer una sota, no puede ponerse en parangon con el Hector de Troya. La cortesania del inventor no pudo vacilar entre estos dos Hectores.

Lancelote del Lago es uno de los caballeros del rey Arturo; Ogier, un valiente de Carlo-Magno; Lahire, es el famoso Estéban Devignole, apellidado Lahire, que tanto contribuyó con su valor á consolidar el vacillante trono de Carlos.

Solo un francés debe y puede haber querido, al crear una distracción frívola, elevar un trofeo histórico á los guerreros de su patria. Los naipes constituyen casi un curso de historia de Francia. No pretendemos que deban sustituir en las escuelas de esa nación á las obras aprobadas, pero sería injusto no ver en el inventor de los naipes un hombre eminentemente francés y muy versado en la historia de su país.

Dama, viene del céltico *dam*, que significa una persona distinguida: *valet* (criado), se deriva también del céltico *veas*, y hasta el siglo IX ha querido decir indiferentemente hombre de guerra ó criado de servicio.

El padre Mestrier, piensa que Palas, Raquel, Judic, á

quien llama malamente Judith, y Argina, anagrama de *regina*, espresan los cuatro modos de reinar por la hermosura la sabiduría, la piedad y el amor.

El padre Mestrier se equivoca, pues los cronistas de aquel tiempo dan otra interpretación á los nombres de las cuatro reinas ó damas de los naipes.

En idioma breton, Judic, y no Judith, significa reina dos veces. Ana de Bretaña es á la que ha querido designar. Hay nada mas natural que esta lisonja bretona, y en lengua bretona, á una reina bretona? Ana de Bretaña no fué dos veces reina? No reinó dos veces en Francia, con su primer marido Carlos VIII y su segundo esposo Luis XII? Argina y Judic son una misma persona, la misma y única Ana de Bretaña. Como reina de Francia, Argina lleva en la cabeza una corona real y como soberana de Bretaña, una corona ducal, cada sobre el brazo. Quiere buscarse una prueba mejor? Reina y duquesa, reina dos veces; tal fué Ana de Bretaña.

Palas, diosa de la guerra: Raquel, diosa de la hermosura, indican que las cartas son el pasatiempo de las damas y de los guerreros.

Los primeros naipes fueron dibujados y pintados á mano, y por esta razon costaban muy caros; mas tarde se los usó ó iluminó, y disminuyó su precio; entónces ya pudo grabarlos el pueblo. Pero antes que las cartas asolasen á las clases inferiores de la sociedad, las elevadas estaban padeciendo una enfermedad, una fiebre de juego, que se descubría por mil estravagancias.

Un hijo natural del duque de Bellegarde, ganó cincuenta mil escudos á su padre; éste le reconoció como hijo lejítimo y aquel renunció á los cincuenta mil escudos ganados á su padre. Por aquella suma, el duque hizo lo que nunca había querido conceder á la voz de la sangre y á sus entrañas paternales.

En tiempo de Enrique III, el Louvre se transformó en una casa de juego en donde no se oía mas que el ruido de los dados y cartas, y los gritos de los jugadores.

Enrique IV, que según una cancion, tuvo el triple talento de beber, apalcar y galantear, tuvo ademas otro de que no habla: amaba el juego, y le gustaba mucho ganar. Le era insoportable la virtud, y sus adversarios ordinarios, el mariscal de Basompierre, Sully, el italiano Pimentelli, MM. de Guisa y de Joinville, tuvieron que sufrir mas de un sofion, cuando ganaban el dinero á S. M. Por los jugadores y cortesanos, verdaderos estómagos de avestrúz, todo lo dijieron, amenazas é injurias, cuando el dinero viene á ayudar la digestión, y la injuria sale de la boca de un rey. En el reinado de Enrique, merced al juego, un señor obtuvo una distincion de que hasta entónces no habían gozado los principes ni los duques. Estos, dice Amelot de la Houssaye, no entran en carruaje en la casa real, mas que desde 1607, y este favor le deben al primer duque de Epernon. Todos los días jugaba con la reina Maria de Médicis; atormentado de la gata, y sin poder casi moverse, se aventuró á hacer entrar su carruaje en el patio del Louvre, y aquella temeridad le salió bien.

Las primeras reuniones de juego datan de aquella época. Sin distincion de clases ni de trages, la multitud era admitida en ellas á perder su dinero, y la multitud corria en busca de su ruina. El primer banquero conocido se llamaba Ginca. Alguón por cuatrocientas libras diarias una casa en el arrabal de San Germain, para jugar durante la feria (cuatrocientos libras!... aquella suma era enorme para la época; mas no por eso dejó de sacar mucha ventaja.)

Luis XIII, severo é implacable con los jugadores, hizo cerrar cuarenta y siete casas de juego, y condenó á los dueños á diez mil libras de multa.

Mazarino conocía lo que valen en política ciertos medios, y afluó en la severidad de su antecesor. En su cardenalato, ó por mejor decir, en su cuasi reinado, volvieron á abrirse las casas de juego. Quería mas saber que los señores de la corte estaban ocupados en perder su patrimonio, que no mezclándose en los negocios públicos: mientras jugaban, no conspiraban contra él.

Law creó el juego en el mercado público: las acciones del Misisipi, especie de quillóna de las fortunas, é instrumento de ruina y de miseria, se negociaban por las calles y plazas. Algunos lacayos enriquecidos repentinamente, sirvieron de prospecto para aquel juego al aire libre, y pequeños y grandes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, y mugeres, todos fueron contaminados del sistema de Law, sistema peligroso y fatal, porque estaba protegido por los gobernantes. Muchas gentes se abstienen por decoro de los naipes y dados. En cuanto el juego varió de nombre, las conciencias timoratas y tímidas no dejaron escapar tan buena ocasion de no jugar: un solo día fué suficiente para que alcanzasen y pasasen aun á los jugadores mas consumados.

El *Diario político y literario* del 45 de diciembre de 1776, reñere un rasgo que se aviene muy bien con la eccentricidad del carácter inglés:

Dos ingleses viajaban juntos. ¿Qué habian de hacer en el camino? ¿Porqué no se ha de jugar cuando hay ocion á ello? El movimiento del carruage fué favorable á sir John, que ganó gruesas sumas á sir Peter. La partida estaba tan bien consolidada, que no concluyó, aunque el carruage llegó á su destino; pero en un cuarto de una posada, la fortuna viró de bordo, y sir John tuvo que hajar la cerviz. Menos flemático, menos inglés que sir Peter, cometió la impolitica de manifestar su mal humor. Perdió una puesta, y la reiteró con una provocacion: apostó cinco mil guineas á que á veinte y cinco pasos sería mas afortunado con la pistola que lo habia sido con las cartas. Los espectadores franceses no veian en aquella baladronada mas que un arranque de mal humor de un jugador exasperado ¡oh sorpresa!... sir Peter se levantó tranquilamente y aceptó el desafío. Depositáronse las cinco mil guineas en manos seguras, buscáronse armas y testigos, y comenzó el duelo. La suerte no abandonó tampoco á sir Peter en aquella partida: hirió gravemente en un hombro al pobre sir John, que ademas perdió sus cinco mil guineas.

Los jugadores están sujetos á ideas muy estrañas. La pasión del juego desarrolla en ciertos espíritus estravagancias prodigiosas. Próximo á morir, un hombre dispuso en su testamento, que con su pellejo se forrase un tablero de damas, y que de sus huesos se hiciesen los peones.

El juego ignora y confunde todas las clases. Entre los jugadores no hay talento, riqueza ni nacimiento; no hay mas que cartas. El príncipe de Condé admitía en sus partidas al actor Baron.

Un oficial jugaba una partida otra vez con un príncipe de la familia real. De repente se levantó con el semblante demudado y los ojos centelleantes.

— ¿A dónde vais? gritó el príncipe.

— Voy á proferir imprecaciones en una pieza inmediata.

— No, amigo mio, no es incomodeis; jurad aquí cuanto queráis.

El escripulo del oficial no tiene ejemplo: un verdadero jugador no se molesta por nadie; jura delante de un príncipe

como delante de un igual suyo; el oficial era mas cortésano que jugador, y hubiera ganado mas en las antesalas que en una mesa de juego.

Crédulos y supersticiosos, los jugadores son tímidos como unos niños.

— Cuantas veces corta ese caballero, decía un hacendista, estoy seguro de perder.

— Caballero, decía un jugador desgraciado á un espectador que se hallaba á su lado; no soy bastante rico para que permanezcáis junto á mí.

Por nada en el mundo jugarian unos en una mesa y otros en una pieza. Estos mudan de cartas ó de dados á cada paso, y aquellos atribuyen su suerte ó su desgracia á cierta parte de su vestido. Pedro suspira por la lluvia, que le es propicia, y Juan forma fervientes votos por el buen tiempo, que le hace ganar. Unos solo juegan de noche, y otros de día. Muchas mugeres han sido abandonadas porque los hombres las acusaban de ser su genio maligno en el juego.

¿Y hay acaso nada comparable al suplicio del jugador, que habiéndolo perdido todo no se le concede el jugar sobre su palabra?... queda clavado en su asiento, inmóvil, fija la vista en las cartas, que devora con sus miradas. Juega entre sí mismo, adopta un naipe, y aquel le es favorable: hubiera ganado y recobrado su fortuna. ¡Qué mala suerte!...

En 1725, un capitán del regimiento de Auvernia, en Bayona, perdió al billar hasta su último maravedí. Capitanes de infantería, pintores y poetas, no inspiran mucha confianza á los prestamistas. El oficial tascaba el freno en silencio; tenía una bola en la mano, que modia con desesperacion; se la introdujo en la boca, no fué posible sacársela, y murió. Los antiguos eran poco consecuentes consigo mismos. Tributaban culto al dios del robo y del juego; adoraban divinidades libertinas y capulosas, y se asombraban y aligian de la inmoralidad de los pueblos. De cuando en cuando, para reparar el mal ejemplo que daban sus dioses, les atribuian acciones sublimes. Qué buena decision han puesto en boca de Caco, uno de los tres jueces infernales!...

Claudio, emperador de los romanos, era tambien emperador de los jugadores; mientras vivió, se incensaron sus vicios y disoluciones; pero cuando murió, se dijo la verdad. Se pretendió que á su entrada en los infiernos, habia sido condenado por Caco á recoger perpétuamente los dados de los jugadores. ¿Cuánta conciencia en aquel suplicio impuesto al jugador mas desenfrenado de su tiempo!... ¡Ver jugar, no jugar, y servir á los que juegan!... ¡Y un emperador!... ¡que humillacion!... ¡que leccion para los hombres!...

El juego inspira palabras llenas de una enerjia salvaje que asusta y asombra. No es el hombre quien habla, es la pasión, la mas terrible, la mas penetrante de las pasiones, la única eterna. El amor desaparece con el tiempo y la saciedad; la pasión del juego jamas se sacia. Escuchad, mirad á ese hombre que juega; pierde el pan de sus hijos, está loco. Quémase la casa y le avisan: permanecerá jugando aunque ardiere, si sus adversarios mas felices, no quisiesen vivir para conservar su dinero.

Un recaudador de hacienda entra en una casa de juego y gana.

— Desgraciado, le dice al salir uno de sus amigos, ¿si hubieseis perdido qué hubiera sido de vos?

¿No tenía que atravesar un puente para ir á mi casa?

(Se concluirá.)

EL BALENICEPS REX.

Este pájaro descubierta en la costa occidental de Africa por M. Gould, ornitologista inglés, se parece en muchas cosas á otro pájaro de la América del Sur, perteneciente á la



El *Baleniceps rex*.—Pájaro de Africa nuevamente descubierta.

El pico del *Baleniceps rex* (1) en forma de cuchara, es muy ancho, de color amarillo en el macho, y oscuro tostado en la hembra. Su cresta convexa, redonda en la parte superior y terminada en gancho á su estremidad, es de color de pizarra oscura, destacándose sobre el fondo amarillo del pico; los agujeros de la nariz son largos. La mandíbula inferior es membranosa por en medio. El redondeo de los ojos, de color amarillo, está pelado, y los ojos son de un ceniciento claro. Los tarsos son largos y están cubiertos de menudas escamas, y en esto se distinguen de las verdaderas aves zancudas que por el contrario tienen las escamas largas.

Su color general es un ceniciento claro por encima y en las patas, y algo mas pálido en el vientre.

Las plumas de detras de la cabeza, son largas y forman una especie de copete ó cresta; este pájaro parece ser tan grande como el jabina de América: segun un dibujo de M. Gould tiene 127 centímetros de largo. Hasta ahora no se ha visto en Europa mas que la pareja que llevó á Inglaterra M. Gould. Se supone que el *Baleniceps rex* habita en los prados acáticos del Africa, donde vive de moluscos, peces y reptiles que coje fácilmente con su ancho pico.

1 *Baleniceps*, palabra sacada de *balena*, ballena, á causa, segun dicen, de la forma del pico.

familia de los *Cochlorhinques* de M. Lesson y conocido con el nombre de Savam (*Crancroma Linn*).

En la terminacion del pico asi como en la forma de las patas, se asemeja á otro pájaro cuya casta se ha perdido hoy, el Dodo ó Dronte, animal del cual no se posee mas que una cabeza y una pata fosil.

EL NIDO DE CIGÜENAS

POR
ELIAS BERTHET.
I.

Entre las pintorescas ruinas de los castillos fuertes que se elevan por ambas riberas del Rhin, de Strasburgo á Colonia, se distinguen aun á alguna distancia de Manheim, en una posicion elevada, y feudal, por decirlo asi, los restos de un antiguo *lang* que llaman Steinberg, y que corona una enorme roca cenicienta cuya base se baña en el agua: con sus sombrías murallas, su torre desmantelada, sus lossas quebradas, y sus estátuas caidas en el polvo, merecería aun el nombre de *Nido de águila*, que emplean ordinariamente los novelistas para designar esas antiguas moradas desde donde los rapaces barones de la edad-media dominaban la llanura.

Antiguamente, la roca en donde se halla edificado el Steinberg, se hallaba totalmente desnuda; esa imponente masa que se alzaba de repente del seno del río con su sombrío torreón, habia debido amedrentar mas de una vez al batelero que se desizaba sobre el Rhin, en su cargada barca, y al caballero que atravesaba el valle, del otro lado de la cadena de las rocas con un fardo precioso en su caballo.

Pero la industria moderna ha cambiado enteramente el

aspecto de esos lugares tan feos antes. La roca era muy vieja, y se caía en ruinas lo mismo que el castillo. El industrioso campesino principió por poner tierra vegetal, á fuerza de brazo, en los ángulos, y en las grietas de esa piedra desmoronable, sosteniéndola con las pizarras que el mismo suelo suministraba; luego en esa tierra plantó viñas, y poco á poco la roca entera ha desaparecido debajo de los verdes pámpanos.

La yedra y las demás plantas parietarias hicieron en el castillo, lo que los campesinos habían hecho en su base.

En el día, castillo y roca presentan en la buena estación una masa verde, cuyo aspecto no tiene nada de terrible. La naturaleza y el hombre se han empeñado á porfía en ocultar esos antiguos restos de lo pasado; y la naturaleza y el hombre serán condenados si el que visita el Steinberg es un grave anticuario, y absueltos, si es un alegre amigo del vino del Rin.

Tan poderosa es la vegetación sobre esas ruinas, que nadie creería hoy que el Steinberg se hallaba habitado hace apenas veinticinco años; y lo más extraño todavía es que lo estaba por los descendientes de esos terribles señores que, en otra época, habían hecho de él el teatro de sus exacciones y de sus crueldades.

Los barones de Steinberg eran una de esas antiguas familias teutónicas cuyo origen se pierde en los tiempos fabulosos de la historia. Era un milagro que esa raza, bastante turbulenta y belicosa, hubiese podido atravesar sin aniquilarse, aquellas épocas de trastornos y de sangre que, desde Carlomagno hasta Napoleón, consumieron tantas razas y arruinaron tantos castillos, lo mismo en las orillas del Rin que en otras partes.

Léjos de nosotros la idea de querer presentar aquí la historia de la grandeza y de la decadencia de esa noble casa. Sin embargo, no impunemente sobrevivieron los ilustres barones y su morada á la terrible guerra de treinta años, á las invasiones de 1795 y de los últimos años del Imperio. En la época de que hablamos, es decir, hácia 18... el castillo, todo desmantelado, no tenía más que el gran torreón y un ala pequeña que fuesen habitables, y la misma familia de Steinberg se reducía á dos personas, el baron Enrique de Steinberg, mayor de un regimiento al servicio de la Prusia, y su hermana Whilelmina, que habitaba en las ruinas. El baron tenía veinticinco años, y veinte Whilelmina. Su fortuna consistía principalmente en un árbol genealógico que podía cubrir, en verdad, de arriba abajo la cima más alta del castillo, y en unos legajos de pergaminos con los cuales la joven había podido probar sus diez y seis cuarteles de nobleza en el capítulo de Strasburgo.

El baron Enrique iba con poca frecuencia á la morada de sus padres por causa de sus deberes militares; y además sus hábitos de disipación y de placeres le habían hecho aquella mansión insoportable. De este modo su hermana Whilelmina vivía encerrada en una profunda soledad en el torreón del Steinberg, sin otra compañía que la de una vieja criada que la servía de madre, y el hijo de esta mujer, muchachón tan torpe como pesado, que se hallaba encargado de administrar los últimos restos de las tierras dependientes del feudo.

A beneficio de su carácter pensativo y melancólico, Whilelmina había acabado por acostumbrarse á esta pacífica existencia. Aquella sombría habitación se hallaba poblada con los recuerdos de su raza, y por eso no había querido nunca salir de ella. En vano su hermano, conociendo el aislamiento en que se hallaba, la había dicho mil veces que se decidiese á entrar en un convento católico de Manheim, en donde ha-

bía sido educada; la joven contestaba á todas sus instancias que le permitiese conservar su independencia, y el baron había accedido á sus súplicas hasta entonces.

Sin embargo, esta posición no podía durar mucho tiempo: Whilelmina se había vuelto una joven encantadora cuya dulce belleza metía mucho ruido hasta en Heidelberg, la ciudad universitaria que se hallaba á muchas millas de distancia. Era imposible que permaneciese así confinada toda su vida en aquel torreón desmantelado, y por eso el mayor, á pesar de sus egoístas cuidados, se propuso colocar á su hermana en una posición más digna de ambos.

Entretanto, la hija y heredera de los antiguos señores del Steinberg vivía en un estado muy próximo á la pobreza. Las rentas del feudo eran muy módicas, limitándose únicamente á los productos de una pequeña viña plantada en un hueco de la roca: por fortuna el vino que producían esas miserables cepas era de lo más esquisito.

El suelo de la única pipa de que se componía la cosecha anual, bastaba para las necesidades de los habitantes del palacio: era tan poco lo que gastaban! un modesto jardín que el hijo de la criada había formado en el antiguo patio de honor del castillo, producía frutas y algunas legumbres para el consumo de la reducida colonia, y por último el baron, á pesar de su conducta, que suponían ser algo desordenada, solía enviar de cuando en cuando algunas cortas cantidades á su hermana.

Cómo podía segregarse este dinero de su corto sueldo? Esto es lo que difícilmente se explicaba, porque el baron no pasaba por económico; pero Whilelmina y la señora Reutner tenían muy pocas ideas prácticas sobre la vida de un oficial para que les sorprendiera esta circunstancia. Enrique era bienvenido á sus ojos un hermano generoso que se contentaba con lo estrictamente necesario á trueque de sostener el rango de su casa.

A pesar de este miserable estado á que se hallaban reducidos los descendientes de los barones de Steinberg, los habitantes de las cercanías estaban muy distantes de manifestar en su presencia ni menosprecio ni satisfacción menguada. En esa antigua y feudal Alemania, el campesino, apenas emancipado de la servidumbre, no iba aprendido aun á tirar piedras á la grandeza en desgracia.

Cuando Whilelmina bajaba los domingos á una aldea de pescadores situada al pie de la roca para oír misa; cuando la veían con su sencillo vestido de lana, su sombrero de paja en la cabeza, y su libro de misa en la mano, acompañada únicamente de su vieja Magdalena, era acogida por todas partes con un respeto casi religioso.

Para los pacíficos habitantes de la aldea, Whilelmina personificaba la poesía del pasado, era hija de aquellos feroces guerreros, cuyas hazañas, violencias é historias lúgubres, representaban hacia siglos las tradiciones de la comarca.

Por otra parte Whilelmina era tan graciosa y tan bella! A falta de otra superioridad habría podido disputar la de la hermosura. Por esto aquellos aldeanos, que tan oprimidos habían sido por sus antepasados, consideraban á la señorita de Steinberg como un visible representante de la Divinidad sobre la tierra, y en cuanto á su hermano no se hablaba de él más que temblando, como si aun conservase el poder de desencadenar sobre el país las plagas que lo desolaran en tiempo de los difuntos barones.

Pero ya hemos dicho lo bastante para hacer comprender al lector los sucesos que vamos á desarrollar ánte sus ojos, así, sin añadir aquí detalles que se presentarían naturalmente en el curso de la narración, vamos á trasportarnos

desde luego al castillo de Steinberg, sobre la plataforma del viejo torreón, en medio de una triste tarde del mes de abril.

Este torreón se elevaba, como hemos dicho, sobre el punto más culminante de la roca y dominaba todo el país. Era de forma cuadrada, sin adornos ni ventanas, porque no pueden considerarse como tales las estrechas aspilleras que entreabrían su negra superficie, ni tampoco pueden llamarse adornos sus chapiteles y almenas quebradas. Adherido al torreón principal, había una torrecilla redonda más saliente y ligera, que presentaba su cabeza, en forma de salero, un poco más abajo de la plataforma.

Esto era poco más ó menos todo lo que quedaba en pie del antiguo castillo: exceptuando una especie de pabellón socavado donde dormía el hijo de Magdalena, las demás partes del palacio habían ido rotando á la falta de la roca y cubrían el suelo en torno del patio de honor, que se había convertido en huerta. Un sendero se deslizaba á través de los escombros, que pasando por encima de las ruinas de la portera bajaba serpenteando hasta la aldea, y por este sendero únicamente se podía subir al castillo; solo él unía á los tiempos presentes aquellas reliquias venerables de los siglos pasados.

Whilelmina y su criada se hallaban en aquel momento en lo alto del torreón, cuya plataforma servía en el verano de paseo y de gabinete de trabajo.

La señora Magdalena Reutner, sentada en un banquillo, se hallaba recostada en una almohada que la protegía contra el viento, siempre bastante fuerte á aquella altura: tenía unos sesenta años; su ademán era grave, sereno, y de una inmovilidad algun tanto afectada. Llevaba el traje de las aldeanas ricas; basquiña corta de anchos pliegues, justillo abrochado sobre el pecho, y en la cabeza una ancha papalina de forma extraordinaria; á la sazón estaba haciendo medias de lana para su hijo.

En el modo lento y acompasado con que la buena anciana echaba los puntos de su media, al verla con su ovillo de lana en el bolsillo y una de sus agujas en la cabeza, se concibió al instante uno de esos tipos femeninos pesados de inteligencia y de ademanes que tanto abundan en Alemania. Con el cuerpo derecho, y la cabeza alta, hacia media como hace el ejercicio el soldado, sin perder el equilibrio de sus hombros; fría y taciturna, todo en ella anunciaba la obediencia pasiva, el respeto profundo y maquiavelo por aquello que había aprendido á respetar desde su infancia.

Únicamente se animaba un poco cuando se trataba del esplendor pasado de los Steinberg, y de las antiguas tradiciones relativas al castillo. En cuanto á esto Magdalena poseía riquezas inagotables; á la menor insinuación adquiría una soltura de lengua prodigiosa, y su voz, su ademán y su mirada tomaban una expresión verdaderamente elocuente. Fuera de estos casos, siempre se hallaba sumergida en su pensativa y solemne tristeza.

II.

Whilelmina formaba un contraste notable con esa afeja muestra de la antigua raza teutónica, fría, cristalina y almidonada. Whilelmina tenía veinte años, era rubia y de una estatura un poco alta. En toda su persona había una ligera tendencia á la robustez, pero sin embargo, sus manos y pies eran de una finura, realmente estravagante. Su fisonomía redonda y fresca, con los labios rojos y los ojos rasga-

dos, se hallaba adornada de hermosos cabellos castaños que caían en dos trenzas sobre sus hombros, á la moda suiza.

Su traje, sumamente sencillo, consistía en un vestido de lana negra exactamente ajustado sobre el busto y flotando en largos pliegues hasta el suelo.

Vestida de este modo, la hija de los feroces barones de Steinberg con su fisonomía rosada, rebosando salud, habría hecho la más preciosa *tingfrau* que pueda darse, pero en ciertas señales se conocía al punto el alto origen de Whilelmina. Su aire de dignidad, sus ademanes nobles, demostraban la descendiente de aquellos caballeros indomables que habían sabido mantener su feróz independencia contra la Alemania armada.

Además Whilelmina poseía un alma ardiente bajo aquella apariencia graciosa, y su organización podía en un momento dado manifestar toda la energía devorante que la pasión es capaz de inspirar.

Whilelmina, en pie contra el pretil en frente de su criada, tendía su mirada sobre el inmenso paisaje que tenía á sus pies. Su rostro manifestaba la melancolía; con la mano apoyada sobre una almohada, y el cuerpo un poco inclinado hacia adelante permanecía inmóvil como una estatua.

Magdalena esperaba en un respetuoso silencio á que su joven ama la dirigiese la palabra. Por fin Whilelmina salió de su contemplación, y se adelantó lentamente hacia la criada.

— Qué triste está este tiempo, Magdalena! la dijo con acento melancólico; el cielo está negro, y hace un viento muy frío; nunca me ha parecido tan lúgubre este viejo castillo... Tengo el corazón oprimido como si me fuese á suceder una desgracia. Y tú también, por qué no hablas? Estas tan triste como el cielo, como el viento, y qué no estás arruinado torreón!

— Así deben estar los criados fieles del Steinberg, respondió la anciana con voz magistral y sin alzar los ojos, sobre todo si comparan el presente con el pasado.

— Y por qué hemos de pensar en lo pasado, mi buena Magdalena? Por mi parte te aseguro que todos mis pensamientos siempre están en el porvenir.

— Las dos estamos mirando, vos adelante, porque sois joven, y yo hacia atrás porque soy vieja... Vuestros ojos no han visto lo que vieron los míos... hace tiempo.

(Se continuará.)

CURIOSIDADES DE LA EXPOSICION DE LONDRES EN 1851.

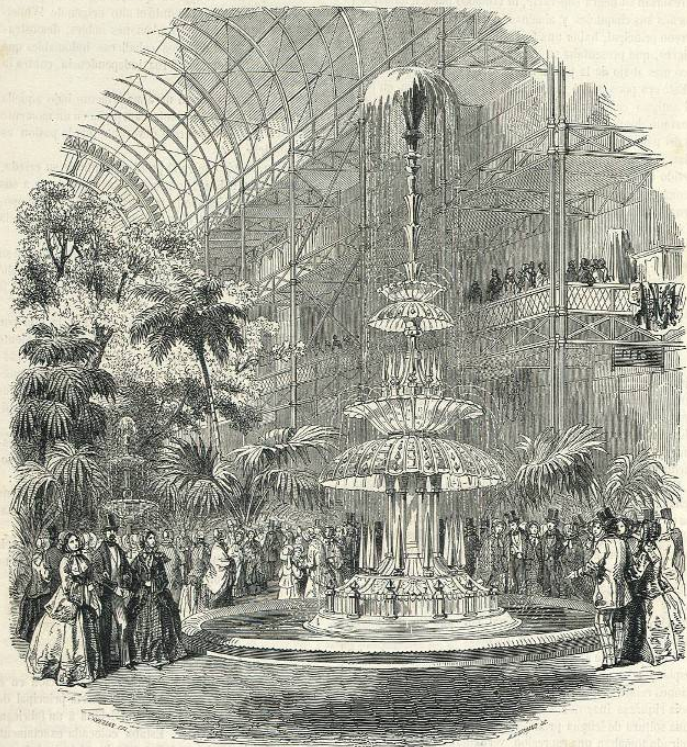
LA FUENTE DE CRISTAL.

Uno de los objetos que más llamaban la atención en el palacio de Hyde Park, entrando por la puerta principal del Sur, era la brillante fuente de cristal debida á un fabricante de Birmingham, M. Osler. Estaba colocada exactamente en el centro del edificio, en la intersección del eje de la nave con el del crucero, ofreciendo no solo un punto de vista de los más elegantes de la Exposición, sino también la frescura que esparcían sus cristalinias aguas en esa parte del palacio, circunstancia que la convertía además en un objeto de utilidad de los más preciosos. A esto debemos añadir que es muy digna del puesto de honor que la concedieron, porque, sin contradicción es la mejor muestra que podía haberse presentado de la industria de la cristalería.

La materia empleada en esta fuente, es tan pura, tan blanca y brillante como la de Bohemia; sabido es que en este punto la Inglaterra aventaja á menudo á la Bohemia; que á su vez le es también superior en cuanto á los colores y las

formas. Los cristales fueron cortados de manera que pudiesen reflejar toda la luz que diese en ellos, de suerte que el espectador no podía distinguir su arazon interior que es de metal y sostiene toda la fuente. Porque mas que esto se sepa, no por eso se destumbra uno ménos al aspecto de esa masa cristalizada coloreada de mil rayos diferentes, cuya altura es de mas de ocho metros, y que parece un recuerdo

encantado de las Mil y una Noches. En las novelas de Oriente, decia con este motivo un escritor inglés, ó en la escena final de alguna ópera, hemos' solido ver pintada una fuente de cristal; pues estábale reservado á un cristalero de Birmingham el demostrar que esas pinturas pueden convertirse en una palpable realidad, que los sueños del poeta pueden traducirse en hechos, bajo la callada mano del obr-



Exposicion de Londres.—Ea fuente de cristal.—Dibujo de FREEMAN.

ro, y que la arena y el soda pueden llegar á correr fluidos, transparentes, llenos de luz, en curvas tan limpidas, tan onduladas y graciosas como las aguas que caen incesantemente en el pilon del monumento.

En la construcción de esta fuente han entrado mas de cuatro mil kilogramos de cristal. Su gran mérito, para los que lo entienden, consiste no solamente en la pureza del cristal y en su excesiva blancura, sino tambien en lo bien ajustadas que se hallan las piezas de que se compone. Su dibujo general es bastante gracioso; pero es lástima que el

pilon inferior no sea tambien de cristal, pero para esto se habria necesitado mucho gasto, y ademas se habrian aumentado considerablemente las dificultades para ajustar las piezas, á causa de sus enormes dimensiones.

Una porción de palmeras y de tioses de flores, colocadas con profusion en torno de la fuente, realzaban mas y mas su efecto pintoresco; el todo de ella está dibujado sobre el fondo de las vidrieras, en donde los antiguos olmos de Hyde Park respetados por el arquitecto, despliegan un fresco abanico de verdura.

CURIOSIDADES DE LA EXPOSICION DE LONDRES EN 1851.



El aparador-Fourdisois.—Dibujo de Théron.

Este aparador no brilla por la riqueza de su materia, puesto que todo él es de nogal; lo principal es el arte que hay en él. Desde los primeros días de la Exposicion se hizo célebre; no hay un extranjero que no le conozca, y desde luego fué bautizado con el nombre del fabricante á quien es debido. Por otra parte hubiera sido muy difícil el darle un nombre en relacion con su empleo: por sus inusitadas dimensiones, y su falta de profundidad, mas que un aparador, parece un adorno de pared para un gran salon de aparato. Se compone de dos cuerpos sobrepuestos: el de abajo, que es muy saliente y puede servir de consola, se halla formado por un zócalo de un gusto severo, sobre el cual hay sentados cuatro perros encadenados, que sostienen con sus cabezas la parte destinada á recibir los jarrones de flores, los canastillos de frutas, y las bandejas de refrescos. A cada estremidad, un perro de perfil termina la consola en ángulo saliente.

Cuatro grandes figuras representando la Europa, el Asia, el Africa y la América, graciosas y ligeras, sobresalen en el centro del edificio que, de una altura igual á su anchura, forma una pirámide elegante. En medio, bajo el fronton, hay un nicho simulado donde se ven flores y frutas que, segun el pensamiento del autor, debieron ser ejecutados en tapicería; mas abajo se ve un hermoso bajo-relieve de animales muertos, y á cada lado un medallon circular con un trofeo de espigas, pámpanos, uvas etc.

En medio del fronton, y dominándole, se ve una figura de la Abundancia derramando frutos; á derecha e izquierda hay un grupo de niños vendimiadores desmenuados en medio de las cepas, y de niños segadores en medio de los trigos.

Se han aprovechado en esta obra todos los recursos de la ejecución moderna, para que en todos sus pormenores se descubra una perfeccion digna del conjunto de la composicion. Por varios puntos, algunas tintas oscuras ó rojizas,

y varias clavijas mas blancas que lo demas de la madera, unen el encanto del colorido poder del modelado y del relieve. La figura del Africa ofrece bajo este punto de vista una laudable innovacion; las carnes tostadas, los pendientes, los collares y brazaletes lijeramente teñidos de vermellon, el vestido dividido en partes transversales mas claras ó mas oscuras, recuerdan el color bronceado que da á las carnes el sol del ecuador, así como los adornos y las telas de colores fuertes, están en armonia con los gustos de los pueblos de Oriente. En todas las demas figuras, en los animales, los accesorios y las frutas, se ven tambien estos artisticos relieves. Los detalles de ornato puro pertenecen á ese estilo que, sin ser la expresion esclusiva de nuestra época, es sin embargo el único que podamos reclamar como nuestro. Si nos permitido hablar así, le llamaremos «renacimiento contemporáneo», y es decir, el mismo estilo del siglo XVI modificado con gusto y con talento, y continuando libremente la tradicion nacional por el ancho camino abierto sucesivamente por los inmortales genios de las buenas épocas antiguas y modernas.

La composicion es debida á M. H. Protat, que ha ejecutado todos los modelos, y dirijió la ejecucion en madera, ratocando las partes principales. M. Protat es un jóven escultor conocido ya del público francés en las últimas Esposiciones.

El hermoso grupo de animales muertos ha sido ejecutado por los señores Alejandro Guillonnet y Meublanc. Los ornatos y trofeos son de los señores Jeancourt, Metoyer, Tallon y Chevreau.

LOS JUEGOS.

(Véase la página 2.)

¡Qué pasión, que no deja medio entre la fortuna y la deshonra!... Muchas veces la vida de un hombre depende de la moralidad de su adversario. Estremeece solo el pensarlo, y serian de desear penas severas contra el caballero de industria, contra el ladrón de salón, que explota su habilidad.

Todos los pueblos de la tierra, antiguos y modernos, han formado leyes contra el juego: entre los griegos y romanos eran de una severidad excesiva. Hasta los japoneses con esa humanidad de cambales que les es propia, decretaron la pena de muerte contra los individuos que fuesen sorprendidos jugando. Dracon era digno de haber nacido en el Japon; sin embargo, no dejó de aprovecharse de la casualidad que le dió á Lacedemonia por patria.

Enrique VIII y Jorge III de Inglaterra, prohibieron jugar á los artesanos bajo pena de multa y de prisión. Durante las fiestas de Navidad quedaba suspensa la prohibicion. Estrafio decreto que no alcanzaba á los nobles ni á la clase media... Estrafia tolerancia que permitia profanar con placeres mundanos, y reprobados, los santos dias del nacimiento del Salvador!...

Carlo-Magno en sus Capitulares, privaba á los jugadores de la comunión de los fieles.

En 1345, Carlos IV, llamado el Hermoso, prohibió los juegos de dados y otros varios. Los delinquentes incurrian en la multa de cuarenta sueldos parisienses.

Cárlos IX, cerró todas las casas de juego del reino.

Seria demasiado prolijo enumerar todos los decretos espedidos para refrenar el juego: no ha habido príncipe que no haya dictado medidas contra esa pasión.

En nuestros dias, la cámara francesa de diputados, volvió por la causa de la moralidad pública, y por unanimidad, concluyó con la ruleta y demas juegos, en que el pueblo perdía sus ahorros, y se acostumbraba á robar para tener con que jugar.

Es infeliz la variedad de los diferentes juegos de naipes y de dados; algunos de ellos apenas han llegado hasta nosotros: apenas conocemos mas que los nombres.

Si suprimimos la berlianga, el whist, los cientos, el imperial, el quince, el ajedrez, las damas, el chaquete y el billar, no nos quedará casi nada. Nuestra época no ha inventado mas que el ecarté, que despues de haber brillado con mucho esplendor en los salones, ha ido á terminar su carrera en las antenas con los nacayos y criadas. El ecarté, ya no existe; ¡sécate la tierra level!... ¡paz á sus cenizas!... Nuestros jugadores, con grande ignominia suya, no han producido mas que el ecarté en treinta ó cuarenta años. Nuestros abuelos eran mucho mas inventores y fecundos. Podian disponer para su ruina de toda especie de juegos. Cuando se cansaban de perder á un juego, adoptaban otro: esta variedad los hacia descansar.

Primero se introdujo el *ambigu*, y luego la *baqueta*, importada de Italia á Francia en 1674, por Justiniani, embajador de la republica de Venecia. ¡Qué diferente destino en los dos países!... El noble veneciano, padre de la baqueta, fué por los crimenes de su hija, destrerrado de su patria: en Francia, tierra prometida de los extranjeros, la hija del destrerrado, gozó en tiempo de Luis XIV de una inmensa boga: su padrino Justiniani fué obsequiado y bien recibido del rey y de toda la corte: á principios del siglo, existian todavía varios juegos como el de *Belles Fleurs*, (á la flor) y la *bestia ó el burro* que se juega con treinta y dos cartas entre dos, tres, cuatro y cinco personas. El *biribi*, es tambien una importacion de Italia como la *berlianga*, que solo usan en el dia las jentes de cabeza muy dura, y de talento demasiado limitado para aceptar las combinaciones del whist. La *brisca brusquenville* y *cavagnola*, que nació en Génova á mediados del siglo XVIII: el *cometa*, que se juega con dos barajas sin los ases: el *comercio*, juego elástico que admite desde tres jugadores hasta doce: el *cuelo*, juego todavía mas elástico que el *comercio*: *cul de bac*, *gimbará*, *guinqueta*, *dupe*, *enprunt*, *ferme*, la *oca*, de orijen catalan, emigrado á Roma, y conaturalizado en Francia por el cuidado del cardenal Mazarino: el *hombre*, juego digno de su título por los muchos cálculos, y profundos estudios que exige: el *hombre de Auerania*, el *imperial*, inventado en tiempo del emperador Cárlos V: el *lansquenete* que ha tomado su nombre de los infantes alemanes llamados lansquenetes, que fueron á Francia en el siglo XIV: *lindoro ó el enano amarillo*, *matilla*, *mediator*, *pamfilo*, *mariposa*, *espadas*, *medrille*, *cientos del célico piqué*, (escojer): cada uno de los dos jugadores recibe doce cartas, y elije las que quiere conservar, las demas las pone á un lado. *Cuarenta de reyes*, *quince*, *revesino*, juego muy ridiculizado hace algunos años, y que nació en el reinado de Francisco I; los galantes caballeros de aquella época, eran tan inconstantes en el juego como en el amor: unas mismas damas, y unos mismos juegos, no podian agradarles mucho tiempo. Como el amo daba ejemplo de lijereza é inconstancia, la corte y la ciudad procuraban imitarle. A estos aficionados á innovaciones, les fué necesario un juego que tuviese una innovacion y un órden enteramente opuestos á los que ya se conocian.

El *sizet*, *sizette* y *solitario*, que se jugaban con barajas diferentes de las que hasta entonces se habian usado en

Francia. *Trece*, *treinta y cuarenta*, *treinta y una*, *tre-sillo*, *pinajo*, *whist*, juego inglés generalmente adoptado en el dia en la buena sociedad.

De las cartas pasemos á los dados y juegos de habilidad. *Ballon*, *belle*, con dados, especie de ruleta con 104 números, procedente de Italia: *Billar*; *blanca*, juego semejante á la loteria, orijnario tambien de Italia: *bolos*, *damas*: el padre Daniel, cuya opinion forma autoridad, pretende que fueron inventados por los romanos, y que se llamaban *ludus*, *latruncularum*, el juego de los pedazos de madera. Ovidio y Luciano les han consagrado algunos versos. Los germanos les apredieron sin duda de los romanos, y le dieron el nombre que tiene entre nosotros. La version del padre Daniel encuentra naturalmente contradictores. *Dannu*, en aleman significa muralla, fortificacion, y *damen* jugar á la fortificacion: habremos ido á Alemania á buscar nuestro juego de damas y su nombre? *Recreo de Marte* con cubilete y dados: *dominó* y el *ajedrez*, participan con otros juegos de un nacimiento problemático. Unos atribuyen el ajedrez á Palamedes, otros á Sersa, consejero intimo de Ammolín rey de Babilonia. Eurípides, refiere que Ajax y Proteo jugaban al ajedrez. Homero por su parte nos representa á los aspirantes á Penélope, jugando tranquilamente al ajedrez á la puerta de su inhumana. Otros suponen al ajedrez orijnario de la India. Porque segun ellos su primitivo nombre árabe ó persa significa rey, principal pieza del juego. S. con la misma opinion, le inventó un braham llamado Sissa ó Sissa, hácia el siglo V, para Sirham, rey de la India. Hay personas que atribuyen al ajedrez un orijen aleman, apoyándose en la palabra alemana *Schach*. Que el ajedrez sea árabe, persa, chino ó aleman, importa muy poco: consignemos su antigüedad, y no procedamos á mas averiguaciones.

Carlo-Magno era gran jugador de ajedrez. Hidre refiere que durante algunos siglos se conservaron en el tesoro de San Dionisio las piezas del ajedrez que pertenecieron al grande emperador.

Cárlos XII, ese soldado coronado, amaba con pasión tambien el ajedrez, que le recordaba los azares de la guerra: durante su cautiverio en Bender, en Turquía, ya que no podía batir á los rusos en el campo de batalla, se consolaba con vencerlos en el ajedrez.

Luis XIII tenia el mismo gusto que Cárlos XII, pero no provenia de su afición á la guerra. Para jugar en el coche, tenía un tablero bordado en uno de los almohadones: las piezas terminaban por un alfiler, y se clavaban en él.

Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto é hijo natural de Cárlos V, habia hecho embalsamar una pieza de su palacio á manera de ajedrez. Tendíase en el suelo y pasaba dias enteros jugando, ó mas bien combinando evoluciones militares ó movimientos estratégicos.

Despues de todas estas testas coronadas, despues de esos grandes príncipes, será muy modesto citar á Filidor, pero éste, aunque simple vasallo, era el rey del ajedrez, y ni Cárlos de Suecia, ni Luis de Francia, hubieran podido luchar con aquel invencible adversario.

Esperanza, dados; *guerra*, dados y fichas; *hinenco*, juego de tablero con dados y fichas; el *krabbs* se juega con dos dados que producen treinta y cinco variaciones, era de orijen inglés: el *juego de las llaves*, antiguamente de moda en la jurisdiccion de Chamaraude y en la bailia de Etampes era una diversion peligrosa, porque se jugaba con un pedazo de hierro, que solia penetrar en la carne y causaba heridas graves. El 16 de junio de 1779 un mandato de fiscal, prohibió de la Persia, por el derecho de la victoria y del ajedrez.

bió el juego de las llaves; prohibicion que fué confirmada el 40 de julio de 1781. La *loteria* que vino de Italia. El preámbulo del decreto espedido por el Consejo de Estado, habla de la creacion de la loteria en Francia, es muy curioso, decia así:

«Habiendo llamado la atencion de S. M. la inclinacion natural de sus súbditos, á emplear su dinero en loterías particulares, y deseando proporcionarle un medio cómodo de crearse una fortuna segura y agradable, y aun enriquecer á su familia... ha creido conveniente establecer en la casa de ayuntamiento una loteria real de diez millones.»

El bondadoso y filántropo Consejo de Estado, no previa que un siglo mas tarde, la loteria seria convalidada y abolida por el mismo interés del pueblo. A otros tiempos, otras costumbres.

El *mallo*. Con un mazo de madera guarnecido por ambas puntas de hierro, se imple una bola tambien de madera. *Mapa-Mundi*, juego de tablero; *Marina*, juego de dados y cubilete; *oca*; *peres y nones*; *embudo*; *farroo*; *gallina ó palla de Enrique IV*; *perfecta igualdad*; *passé-dix* y *plous*. Plino no refiere que la pelota se debe á Pithus ó Pious; pero no se toma el trabajo de decirnos en qué siglo ni en qué país vivia el señor Pithus ó Pious, y su erudicion no nos sirve de gran cosa. Segun Ateneo, el honor de la invencion pertenece á Nausicaa, hija del rey Alcino; segun Diocoro á los de Siccyone; segun Hispato, á los lacedemonios; segun Herodoto, á los de Lydia, los griegos y los romanos. Cuando cobraron los modernos la afición á no jugar á la pelota al aire libre? Hé aqui una cuestion grave que no nos permitiremos decidir. Probablemente algun dia la lluvia calaría á los jugadores, ó el sol los calentaria demasiado, y los aficionados calcularian que contra el sol y la lluvia no habia mejor preservativo que construir un pabellon cubierto, y así lo hicieron. Primero se jugaba á la pelota con la palma de la mano. Despues de hincharse muchas manos, y de lastimarse los dedos y los brazos, vinieron los guantes dobles, y por último apareció la pala, la mas reciente y elevada expresion de la civilizacion en materia de pelota. El uso de la pala se remonta al siglo V.

Las *cuatro flores*, *bolos*, *quintaquena*, *reversquiter*, *vruceto*, inventados en las casas públicas de juego de Sevres y de Soissons; *toc*, *tourne vase* y *chaquete*.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavía mas necio la aceptó. Belagi consintió en someterse, si las persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, lograbán descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe excelente; no tenía mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepuarria muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bouzourgemhis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, batió á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aqui, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por el derecho de la victoria y del ajedrez.

dre. En adelante ya no habrá guerra ni grande ni pequeña; los indios no tienen más que pagar el tributo con la mejor voluntad posible. Pero Bouzourgenhis que era hombre de humor, continuó las escaramuzas; había adivinado el ajedrez, inventó el chaquete, y en nombre del poderoso Nushiravan prometió a los indios la rebaja del tributo, y aun la emancipación de su patria, si á su vez descubrieran la marcha del chaquete. No se encontró en toda la India ni un solo Bouzourgenhis, y esto no es asombroso, porque semejante clase de hombres es muy rara y no nacen mas que en Persia.

El chaquete permaneció como un enigma para aquel pueblo poco inteligente, y Nushiravan, tres veces vencedor y propietario de la India, añadió á su escudo de armas un chaquete. Luego los indios trataron en varias ocasiones de sublevarse; mas para reducirlos á la razon se les enviaba al momento un tablero de chaquete, y un descendiente de Bouzourgenhis, y al instante los revoltosos volvían á entrar en su deber. La ciencia del chaquete se ha perpetuado en la ilustre familia de los Bouzourgenhis, y jamás ha penetrado en los estados de la India.

Se non è vero è mal trovato.

Tales son los diferentes juegos que cultivaban nuestros padres, y que descuidan sus virtuosos hijos. Nuestro siglo, eminentemente moral, ha cerrado las casas de juego; pero ha elevado un templo magnífico al agiotaje. Ha adornado ese templo con cuantos mármoles, peristilos, columnatas, inscripciones y objetos seductores ha podido encontrar. En el frontispicio de la Bolsa en Paris, se lee; tribunal de comercio, y encima de la puerta del cuerpo de guardia, las palabras, libertad y orden publico. Entrase allí, y se ve que cien mil personas juegan lo que no tienen. En la bolsa se juega á crédito, en Frascati no se conocia sino el dinero contante. En la bolsa se juega de día y de noche: en Frascati, se abría la caverna á las cuatro, y se cerraba á las dos de la mañana. En la Bolsa tienen los jugadores contra sí su estupeza y la mala fe de los demas.

Gracias al cielo, ya no existen muchos juegos, y con el tiempo quizá desaparezcan la mayor parte de los que aun quedan.

LA ÚLTIMA CONVERSACION CIENTIFICA DE NEWTON.

A la edad de ochenta y tres años, Newton se retiró á Kensington, cerca de Londres, para restablecerse de las resultas de una fluxión de pecho y de un ataque de gota que habían quebrantado enteramente su salud durante el invierno de 1525. El domingo 7 de marzo teniendo las ideas mas lucidas y la memoria en mejor estado que no la había tenido hacia mucho tiempo, entró en una larga conversacion con su amigo Conduit, el cual nos la ha conservado:

«Creo, dijo, que se operan como especies de revoluciones en los astros; los effluvios que se escapan del sol pueden precipitarse como el agua, y reunirse para formar un cuerpo que forme entónces un satélite, y dé vueltas en torno del planeta, y añadiéndose mayor cantidad de materia puede trasformarse este satélite en un planeta principal, y aun en un cometa: este, describiendo repetidas veces su órbita, condensa su propia materia acercándose mas y mas al sol, y como este por su parte se aniquila sin cesar emitiendo calor y luz, el cometa acaba por reunirse con él llenándole y suministrándole un nuevo alimento como un hacedillo de le-

ña echado en una hoguera. Tarde ó temprano el cometa de 1680 producirá este efecto, porque las observaciones que se han hecho sobre este astro prueban que al acercarse al sol tenía dos ó tres grados de longitud; pero ó beneficio del calor que fué adquiriendo cuando se aproximaba al sol, la cola se alargó hasta el punto de llegar á treinta ó cuarenta grados de longitud. No puedo decir, añadido, en qué tiempo se precipitará en el sol este cometa; acaso recorrerá su órbita cinco ó seis veces mas todavía; pero si esto sucede, el calor del sol será tan grande que se recalentará el suelo hasta el punto que ningún ser viviente podrá existir en su superficie. No puedo explicarme de otro modo las apariciones de nuevas estrellas, que debemos á Hiparco, Ticho-Brahé y los discípulos de Kleber, porque estas no son mas que soles que alumbran á otros planetas. Se ha visto á estas estrellas rivalizar en brillo con Mercurio y Venus, luego disminuir durante diez y seis meses, y por último desaparecer enteramente.

«No dudo que haya seres de una inteligencia superior presidiendo á las revoluciones de los astros, bajo la direccion del Ser Supremo. El hombre habita en la tierra desde hace poco tiempo, y la prueba es que las artes, la navegacion, la pintura y la brújula, son invenciones que no datan mas allá de los tiempos históricos, lo que no sucedería así, siendo la tierra eterna. Ademas su superficie conservaría otras señales de destruccion de las que pueden atribuirse á la accion de las aguas.»

Habiéndole preguntado Conduit de qué manera podia volverse á poblar la tierra si llegase á sufrir la suerte de que se hallaba amenazada por el cometa de 1680, respondió: «Eso no podria suceder, sin la intervencion del Criador.» Creia que todos los planetas se componian como la tierra, de tierra, agua, piedras etc., pero en proporciones diferentes. Preguntándole Conduit por qué no había dado á conocer sus ideas presentándolas como conjeturas mas ó menos probables, puesto que él mismo había reconocido el acierto de las de Klepero, respondió: «No doy importancia ninguna á las conjeturas.» Conduit insistió y le recordó las cuatro vueltas del cometa de 1680, á saber: la primera en tiempo de Julio César, la segunda reinando el emperador Justiniano, la tercera en 1106 y la cuarta en 1680, haciéndole observar que él mismo había dicho en sus Principios al hablar de este cometa: «*Incident in corpus solis*: caerá sobre la masa del sol,» y en el párrafo siguiente: «*Stella fixa refert possunt*: las estrellas fijas pueden regenerarse.» Frases que manifiestan precisamente la opinion que acababa de emitir, esto es, que el cometa acabaría por precipitarse en el sol, y que podia muy bien afirmar del sol lo que había dicho de las estrellas. «Consiste, respondió, en que eso nos toca mas de cerca, y con lo que he dicho hay suficiente para que se conozca mi opinion sobre este punto.»

EL OTOÑO.

Esta es la última escena de esa elegante serie, que podria llamarse la fiesta de las Estaciones (1). Despues de haber visto las diversiones del invierno, de la primavera y del estío, el artista nos muestra reunidas todas las abundancias del otoño. Las señoras nobles salen de sus palacios, con uno de esos hermosos soles que intañan las nubes al caer la tarde; y despues de correr á caballo por las arboledas, respirando los perfumes de la tarde, se apean á la falda de la colina en

1 Nuestros lectores habrán visto ya en nuestro último tomo, el invierno, la Primavera y el Estío.

onde se eleva su espléndida morada, y se encuentran con el dueño del castillo que vuelve de la caza y ostenta su botín á sus ojos y á los del niño que ha echado á correr para ponerse delante de su madre: á algunos pasos está el perro en ceceo como esperando aun la caza.

Pero á la izquierda de esta escena de prosperidad y de placeres, vienen las vándimadoras cargadas con sus cestos de uvvas. Tambien estas jóvenes son bellas, con esa hermosura vigorosa que da la salud, y están tambien alegres porque llevan la abundancia á su casa. Por una parte tenemos las ale-



El Otoño.—Composicion y dibujo de Tony Johanno.

grías del ocio, y por otra las del trabajo: aquí á gracia con la seda y los velos de gasa, y allá las telas ordinarias y los verdes pámpanos.

No preguntéis en donde es mas franca la alegría, y en donde el reposo del corazón está mas arraigado. Quién podria decirlo? Nadie en el mundo disfruta de una felicidad completa.

El observador imparcial, sin preocupaciones ni preferencias, compara de este modo la suerte de la señora noble y la de la aldeana.

—Noblas señoras, piensa para sí, á quien todo sonríe en la vida; disfrutad de vuestra felicidad, sin olvidar jamás el merecerla. Corred á caballo por vuestras alamedas, con tal de que en la embriaguez de la carrera no paseis con los ojos

cerrados al lado de la pobre campesina que vuelve con una carga de leña seca; cubrios de terciopelos y de encajes, pero no desdibéis el vestido de estameña de la aldeana; gozad en fin de todas vuestras dichas, á condición de que no se endurezcan vuestros corazones, y que bagáis partícipes de ellas á vuestro prójimo.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

por
ELIAS BERTHET.

(Véase la p. 5.)

— Y qué vieron tus ojos, Magdalena? preguntó distraidamente Whileimina.

La vieja Reutner se levantó haciendo un esfuerzo, puso su labor sobre el pretil, y estendiendo su brazo sobre las ruinas, respondió con un dolor solemne:

— He visto esos muros en pie; he visto esas tierras y esas viñas cultivadas por los vasallos de vuestros antepasados; he visto este castillo lleno de movimiento y de ruido; he visto á vuestro abuelo rodeado de sus cinco hijos y de cuarenta criados bien armados, preparándose á defender su morada contra los enemigos de la Alemania... He oído los ladridos de las jaurías, el sonido de los cuernos y el relincho de los caballos, en donde ahora todo es silencio... He visto hermosos jóvenes, y alegres señoritas, donde ahora todo es soledad... Y qué queda de tanto poderío? Unas piedras ennegrecidas y cubiertas de yedra, y sobre las ruinas una joven para preguntar, y una anciana para responderla...

Al decir esto lanzó un profundo suspiro. La blanca y hermosa frente de Whileimina se cubrió como de una nube.

— Mi buena Magdalena, la dijo con forzada sonrisa, padece dolores imajinarios, y tú los has cambiado en verdaderos y reales.

— La golondrina no tiene la culpa si anuncia la borrasca cuando vuela rozando la superficie del Rhin.

— Vamos, vamos, ya cans otra vez en tus negras ideas. Siempre te estás lamentando de que no somos tan ricos como antes... ¿Porqué te desesperas? Un día has de ver nuestra casa mas floreciente que nunca.

Magdalena se sonrió á su vez con amargura, y rempujando con su arrugado dedo un pedazo de piedra desprendido de una almena, le precipitó en el abismo.

— Mirad, dijo á Whileimina con voz sorda, seguid con los ojos esa piedra que va por el espacio... Un débil esfuerzo ha bastado para ponerla en movimiento; creéis que haya un poder en el mundo que impide ahora el que se pierda en el río?

— Un ángulo de la roca, un poco tierra, ó una planta cualquiera bastarán para detenerla en el camino.

Sin responder, la vieja alemana indicó con el dedo la marcha de la piedra, que al caer al pie de la torre rechazada contra el suelo, luego pegó sobre el flanco de la roca, titubeó dos ó tres veces, y partiendo de nuevo, acabó por sumergirse en el agua.

— Lo mismo le sucede á la casa que cae, dijo la anciana sin añadir nada mas á su demostración; nada puede detenerla cuando el impulso está dado.

Dicho esto suspiró otra vez, y cogió de nuevo su labor.

III.

Whileimina se quedó un instante pensativa.

— Estaba esperando que me consolaran, y soy yo la que tengo que consolar á otros, dijo en fin con acento de niña mimada. En verdad, mi pobre Magdalena, la soledad te trastorna enteramente la cabeza... Porqué te asustas tanto de nuestro porvenir? Te parece que la conducta de mi hermano?..

— No me toca á mí juzgar la conducta del señor baron, replicó en tono lacónico Magdalena.

— Lo sé, mi buena Reutner, sé que los tormentos mas horribles no te arrancarían una palabra de ultraje contra mi hermano; pero he adivinado que en el fondo de tu corazón heces un cargo del abandono que me tiene; le reconviene porque pasa en Berlin una vida de placeres guardando un silencio absoluto conmigo hace ya tiempo... Pobre hermano mio! No le debemos culpar, Magdalena; demasiadas privaciones se ha impuesto á fin de que yo aquí no carezca de nada. Qué extraño es que en su edad se entregue un poco á las distracciones?... Además, quieres que te diga mi pensamiento? Ese largo silencio me hace creer que no se pasará mucho tiempo sin que nos haga una visita. Ay! añadió con voz baja, tanto la desee, como la temo!...

— La temes, Whileimina? dijo la anciana con acento sordo; en efecto, tenéis motivos para ello...

— Vamos, tu mal humor se vuelve contra mí ahora; repuso la señorita de Steinberg en tono de enfado; y vos, Magdalena, hablemos francamente de lo que nos ocupa á las dos en secreto: crees que mi hermano vería con gusto á M. Frantz... al estudiante de Heidelberg, que ha venido á vernos tantas veces desde que se marchó el mayor?

— Estoy segura de que se enfadaría; dijo secamente Magdalena, pero á vos os toca el mandar, y á mí el obedecer.

— Con que entonces tú tambien me criticas que M. Frantz haya venido algunas veces á estas ruinas á alegrar un poco nuestra soledad?... Pero debes reflexionar, querida Magdalena, que nuestro conocimiento proviene de un servicio que me hizo ese jeneroso joven... Un día, á fines del otoño último me paseaba sola á bastante distancia del castillo cuando una turba de estudiantes borrachos que bajaban el Rhin en un botecillo, saltaron, al verme, á la orilla y corrieron á mí. Uno de esos insolentes quiso darme un abrazo, pero yo eché á correr lanzando agudos gritos. Ellos me persiguieron, mas en el mismo instante en que me alcanzaban, acudí á mi socorro un joven cazador que se hallaba por aquellos sitios. Tambien era estudiante como ellos, y por eso no se asustaron al pronto cuando le vieron; pero él les habló imperiosamente, y hasta amenazándoles. A pesar de que estaba muerta de espanto, sin embargo oí palabras de desafío... Por último los agresores se retiraron, y Frantz me acompañó hasta el castillo: me habló muy poco en el camino, pero sus palabras eran tan respetuosas, tan cumplidas... A la mañana siguiente salió de la aldea, á donde había venido á descansar de sus trabajos científicos, y no se le volvió á ver hasta un mes despues; estaba pallido, y llevaba vendado un brazo... había vengado mi injuria; uno de mis agresores estaba muerto... Dime, Magdalena, crees que mi hermano no aprobaría tan jenerosa acción?

— En otros tiempos los barones de Steinberg para vengar un ultraje semejante, habrían quemado la ciudad y habrían ahorcado á todos los estudiantes de Heidelberg en los árboles del paseo público... Si, convengo en que ese joven

WENCESLAO HOLLAR.

merecería que se le diesen las gracias siguiendo las ideas actuales; pero hasta esto para recibir aquí á un hombre de baja condición acaso? No debía aceptar por toda recompensa el honor de haber hecho un servicio á una baronesa de Steinberg?..

— Eso es exajar demasiado, mi pobre Magdalena; los Steinberg, lo mismo que los otros, deben ser agradecidos ántes todo... y por eso cuando M. Frantz, que tenía un aire tan triste y desgraciado, tomó un cuarto en la posada de la aldea para restablecer su salud y para buscar la calma que no podía hallar en Heidelberg, en medio de sus alegres camaradas, no pude negarme á recibirle algunas veces en tu presencia. Me trajo varios libros; hablaba con nosotros de la historia de nuestra familia; tú le contaste nuestras antiguas leyendas, porque entonces le querías, Magdalena, entonces le querías como á un hijo, te acuerdas? decía que...

— No me recordeis eso, porque acaso cometi entonces una gran falta. Si, M. Frantz me gustaba, y me gusta aun... pero desde que viene con tanta frecuencia á la torre, desde que he notado vuestra tristeza en su ausencia, y vuestra alegría cuando llega, me asusto y tiemblo por lo que puede suceder... Acaso puede haber algo de comun entre la baronesa de Steinberg y un pobre diablo que vuestros antepasados apenas habrían tomado de criado?

— Nuestros antepasados duermen en su sepulcro hace ya tiempo, Magdalena, y su tija no ha conservado nada de su poderío... Porque me he de privar en mi abandono de la sociedad de ese joven que tanto nos distrae en nuestra soledad?... Es cierto, sí, cuando paso un día sin verle, mi corazón se oprime y siento como un deseo de derramar lágrimas.

— Y por eso estabais tan triste hacia un instante.

— Oh! vendrá... va á venir...

Whileimina se detuvo de repente ruborizada.

Magdalena se levantó, se adelantó hacia la joven con paso grave, y luego tomando la trémula mano de Whileimina, la miró fijamente y la dijo:

— Mis sospechas van á volverme loca... decidme, ese joven ha tenido la audacia de amarnos?

— Pues bien, sí, sí, me ama! respondió la joven con acento exaltado.

— Y vos le amais tambien?

Whileimina bajó los ojos en silencio.

— Pero al ménos no habreis confesado á M. Frantz...

— Y porqué no, Magdalena, puesto que es verdad?

Esta injenua respuesta hizo palidecer á la anciana.

— Whileimina, baronesa de Steinberg, preguntó con desasosperación retrocediendo un paso, qué os prometéis de un amor semejante?

— Frantz se casará conmigo, Magdalena, y seremos dichosos.

Magdalena Reutner alzó los ojos y las manos al cielo.

— Señor, Dios mio, murmuró; me habéis conservado viva tanto tiempo para oír á una Steinberg que acepta semejante muerte?

— Magdalena, repuso Whileimina con algo de impaciencia, olvida el pasado por un momento, y considera únicamente la realidad presente. Pobre, sin amigos, tengo derecho para rechazar á un hombre leal y jeneroso, que me ha consagrado su amor? Frantz es muy instruido, y por consiguiente puede hacerse un nombre en las ciencias ó en las artes; aunque no es rico, disfruta de una fortuna independiente; no quiere dar esplicaciones sobre su familia, pero estoy segura de que es de buena casa. Viviremos oscuros, olvidados... le amo tanto!

(Se continuará.)

Wenceslao Hollar nació en Praga en 1607. Lo mismo que Callot, era hijo de una familia noble, y manifestó desde su juventud una verdadera pasión por las artes del dibujo. Su padre quiso oponerse á esta inclinación; pero el joven Wenceslao triunfó de este empeño, y en 1627 salió de su ciudad natal. Bien luego los trastornos de la Bohemia, durante la guerra de treinta años, arruinaron completamente á su familia, dejándole el trabajo por único recurso; entonces pasó á Francfort, donde se perfeccionó en el grabado al agua fuerte.

Desde esta época empezó á luchar nuestro artista valerosamente contra la mala fortuna. Durante algun tiempo llevó una vida errante, hasta que al fin tuvo la dicha de encontrarse en Colonia con el conde de Arundel, mariscal de Inglaterra y celoso protector de los sabios y de los artistas. Este señor le tomó bajo su protección, y juntos fueron á Viena, á Praga, y por último á Inglaterra, donde el joven grabador obtuvo buenas recomendaciones para el rey Carlos I.

El conde de Arundel tenía una rica colección de estatuas, cuadros y objetos preciosos; Hollar hizo los grabados de muchos de estos, y así principió á lograr algun desahogo; pero estaba sin duda en su destino que no viviria largo tiempo posegado y dichoso. Por entonces estalló la guerra civil en el reino británico, y Hollar fué hecho prisionero con otros varios miembros del partido real, aunque pudo escaparse poco despues para pasar á Amberes, donde volvió á hallar á su antiguo protector. Hollar continuó grabando las obras de esta colección, que con mucho trabajo pudo su dueño recuperar; pero bien luego el conde se separó de él y se fué á Praga, donde murió en 1646. En esta época nuestro artista cayó en la mayor miseria, y se vió obligado á trabajar para los estamperos que supieron aprovecharse de su deplorable situación.

Hollar volvió á Inglaterra despues del restablecimiento de Carlos II; pero ya entonces habiendo perdido su protector, la fortuna le fué tan poco propicia como en Flandes. Los librereros y los estamperos de Londres hicieron con él lo mismo que los de Amberes, y el pobre grabador esperiméntó toda su vida la suerte de Adam Elzheimer; apenas podia ganar para vivir. Sin embargo de esto, despues de su muerte, acaecida en Londres en 1677, sus obras se buscaban con tanto empeño, que algunas pruebas se pagaron mucho mas caras que la lámina misma lo había sido en vida del autor.

Hollar se distinguió con particularidad en los grabados de ornato y de platería. Su obra maestra en este género es ciertamente el *calix*, del que existe en el gabinete de estampas una hermosa prueba. Este *calix* fué compuesto por Andrés Manteno en 1640. El diestro buril de Hollar no disminuyó en nada el valor de esa obra maestra de platería, y supo sacar con una perfecta inteligencia la firmeza, la elegancia y pureza del modelo. El trabajo de esta hermosa estampa está hecho con una finura y una lijereza de que no hay idea.

Imposible sería enumerar aquí todos los trabajos de Hollar, y por eso nos contentaremos con citar únicamente los principales. Además de las copias que sacó de las colecciones del conde de Arundel, grabó tambien un crecido número de animales, copiándolos de Alberto Durerro, Lucas Cranach, etc.; una colección de dibujos sobre la muerte, por Diefembach, muchos trajes de mujeres de diversos paises, y algunas láminas grandes, con asuntos tomados de Holbein, Salvati, Pablo Veronés y Van Dyck.

Wenceslao Hollar merece bajo todos conceptos una biografía particular. Su obra se compone de 2,000 piezas, entre las cuales hay muchas de primer orden, y marca una época importante en la historia del grabado.



Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional.—El cáliz grabado de Hollar.—Dibujo de Montalau.

TEODORO HILDEBRANDT.



El guerrero y su hijo.—Dibujo sacado del gabinete del conde Wagner, en Berlín.

Düsseldorf es sin duda ninguna uno de los puntos principales de la Alemania, en donde se puede estudiar el movimiento del arte de esta nación. Parece que por su misma posición, en medio de un verde y apacible valle, á las orillas del transparente Rin, debe esta ciudad despertar en el corazón de los que la habitan el sentimiento del arte y de la naturaleza. Desde hace mas de siglo y medio, posee tambien una preciosa galería de pinturas, donde se ven numerosos cuadros de Rubens, muchas obras notables de la antigua escuela alemana, unos quince mil dibujos orijinales, y millares de esquisitos grabados. La escuela de pintura de Düsseldorf continúa ocupando el primer puesto en Alemania, con la de Munich, habiendo producido ya pintores de historia que desde el principio de su carrera obtuvieron el éxito mas

brillante. Uno de estos últimos es el profesor Teodoro Hildebrandt. Nacido en Stettin en 1804, nuestro artista hizo sus primeros estudios artísticos en Berlín, eligiendo por maestro al pintor Schadore á quien siguió á Düsseldorf. Hildebrandt es un excelente colorista y un artista de un esquisito gusto, que se ha hecho en Alemania una grande reputación como pintor de retratos y como pintor de historia. Su cuadro del *Guerrero y su hijo*, cuyas figuras son del tamaño natural, recuerdan el estilo de Van-Dyck: la figura del niño es de una finura y de una riqueza de tonos muy notable. El asunto es un puro capricho de imaginación; es, bajo una forma mas real, la poética idea tantas veces manifestada por los griegos, por imágenes simbólicas: la alianza de la fuerza y de la dulzura, de la madurez viril y de la gracia